

esta impresión, se comprende bien a Aristóteles, cuando, para sintetizar los principios sobre las construcciones urbanas, dijo que, «una ciudad debe

ser establecida de manera que ofrezca a sus habitantes seguridad y felicidad.»<sup>(1)</sup>

(Revista Municipal, Habana.)

# Silvina y Montt

POR HORACIO QUIROGA

EL error de Montt consistió en figurarse que, por haber tenido en las rodillas a una bella criatura de ocho años, podía, al encontrarla dos lustros después, perder en honor de ella uno solo de sus cuarenta años.

Cuarenta años bien cumplidos. Con un cuerpo joven y vigoroso, pero el cabello raleado y la piel curtida por el sol del norte. Ella, en cambio, la pequeña Silvina que por diván había preferido las rodillas de su gran amigo Montt, tenía ahora diez y ocho años. Y Montt, después de una vida pasada sin verla, se hallaba ante ella en su casa, en la misma suntuosa sala que le era familiar y que le recordaba su juventud.

Lejos, en la eternidad todo aquello... De nuevo la sala conocidísima. Pero ahora estaba cortado por sus muchos años de campo y traje rural, oprimiendo apenas con su mano endurecida de callos aquellas dos francas y bellísimas manos que se tendían a él.

—¿Cómo la encuentra, Montt?—le preguntaba la madre—¿sospecharía volver a ver así a su amiguita?

—¡Por Dios, mamá! No estoy tan cambiada—se rió Silvina. Y volviéndose a Montt:

—¿Verdad?

Montt sonrió a su vez, negando con la cabeza. "Atrozmente cambiada... para mí", se dijo, sintiendo sobre el brazo del sofá su mano quebrada y con altas venas, que ya no podía más extender del todo por el abuso de las herramientas.

Y mientras hablaba con aquella hermosa criatura, cuyas piernas, bajo un vestido muy corto, mareaban al hombre que volvía del desierto, Montt evocó las incesantes matinés y noches de fiesta en aquella misma casa, cuando Silvina evolucionaba en el "buffet" para subir con un marrón glacé a las rodillas de Montt, que comía lentamente sin dejarle.

Nunca, sin duda, fuera un hombre objeto de tal predilección de parte de una criatura. Si en la casa era bien sabido, que a la par de las hermanas mayores, Montt distinguía a la pequeña Silvina, para ésta, en cambio, de todos los fracs circunstantes no había sino las solapas del de Montt. De modo que cuando Montt no bailaba, se hallaba con seguridad ocupado con Silvina.

—¡Pero Montt!—deteníanse sus amigas al pasar:—¿No le da vergüenza abandonarnos así por Silvina? ¿Qué va a ser de usted cuando ella sea grande?

—Lo que seré más tarde lo ignoro—respondía tranquilo Montt.—Pero por ahora somos muy felices.

"El amigo de Silvina": tal era el nombre que en la casa merecía habitualmente Montt. La madre, aparte del real afecto que sentía por él, hallábase halagada de que un muchacho de las dotes intelectuales de Montt se entretuviera con su hija menor, que en resumidas cuentas tenía apenas ocho años. Y Montt, por su lado, se sentía ganado por el afecto de la criatura que alzaba a él sin pestañiar sus inmensos ojos verdes.

Su amistad fué muy breve, sin embargo, pues Montt sólo estaba de paso en aquella ciudad del noroeste, que le servía de estación entre Buenos Aires y una propiedad en país salvaje que iba a trabajar.

—Cada vez que pase para Buenos Aires, Montt—decíale la madre conmovida—no deje de venir a vernos. Ya sabe que en esta casa lo queremos como a un amigo de muchos años, y tendremos una verdadera alegría de volverlo a ver. Y por lo menos—agregó riendo—venga por Silvina.

Montt, pues, cansado de una vida urbana para la cual no había sido hecho, había trabajado nueve o diez años con un amor y fidelidad tales a su rudo quehacer, que al cabo de ese tiempo del muchacho de antes no quedaba sino un hombre de gesto grave, negligente de ropa y la frente quebrada por largos pliegues.

Ese era Montt. Y allá había vuelto, robado por el hermano en el mismo tren que lo llevaba a Buenos Aires.

Silvina... ¡Sí, se acordaba de ella! Pero lo que el muchacho de treinta años vió como bellísima promesa era ahora una divina criatura de diez y ocho años—o de ocho siempre, si bien se mira,—para el hombre quemado de aspecto rural, que ya había traspasado los cuarenta.

—Sabemos que pasó por aquí dos o tres veces—reprochábale la madre—sin que se haya acordado de nosotros. Ha sido muy ingrato, Montt, conociendo lo que lo queremos.

—Es cierto—respondía Montt,—y no me lo perdono... Pero estaba tan ocupado...

—Una vez lo vimos en Buenos Aires—dijo Silvina,—y usted también nos vió. Iba muy bien acompañado.

Montt recordó entonces que había saludado un día a la madre y a Silvina en momentos en que cruzaba la calle con su novia.

—En efecto—repuso—no iba solo...

—¿Su novia, Montt?—inquirió afectuosa la madre.

—Sí, señora.

Pasó un momento.

—¿Se casó?—le preguntó Silvina, mirándolo

—No—repuso Montt brevemente; y los pliegues de su frente se acentuaron un largo instante.

Mas las horas pasaban y Montt sentía que del fondo del jardín, de toda la casa, remontaba hasta su alma, hasta su misma frente quebrantada por las fatigas, un hálito de primavera. ¿Podría un hombre que había vivido lo que él volver por una sola noche a ser el mismo para aquella adorable criatura de medias caladas que lo observaba con imperturbable interés?

—¿Helados, Montt? ¿No se atreve?—insistía la madre.—¿Nada? Entonces una copita de licor. ¡Silvina! Incomódate por favor.

Antes de que Montt pudiera rehusar, Silvina salía. Y luego:

—¿Tampoco, Montt? Es que usted no sabe una cosa: Silvina es quien lo ha hecho. ¿Se atreve a negarse ahora?

—Aun así...—sonrió Montt, con una sonrisa cuyo frío él solo sintió en su alma.

«Aunque sea una broma... es demasiado doloroso para mí todo esto...», pensó.

Pero no se reían de él. Y la primavera tornó a embriagarlo con sus efluvios cuando la madre se volvió al amigo:

—Lo que es una lástima, Montt, es que haya perdido tanto tiempo en el campo. No ha hecho fortuna, nos dijo, ¿verdad? Y haber trabajado, como usted lo ha hecho, en vano...

Pero Silvina, que desde largo rato atrás estaba muda:

—¿Cómo dices eso, mamá?—exclamó con las mejillas coloreadas y la voz jadeante.—¿Qué importa que Montt haya o no ganado dinero? ¿Qué necesidad tiene Montt de tener éxito en el campo? El verdadero trabajo de Montt es otro, por suerte... ¡No ha dejado nunca de ganar lo que él debe!... Y yo me honro sobremanera de ser la

(1) «L'Art de Batir les Villes», por Camille Sitte. Traducción francesa por Camille Martín. Pág. 10. Ginebra. Edición Atar. 1918.